

La acción. Alternativa del hombre

*Ma. Angélica Oliver Pesqueira
Mauricio Gómez Morin*

En los grupos de nubes,
a inquietudes mi vida toma sola
su afán de cambio y su ojo de ser cumbre.*

En ocasión de este cuarto Recorrido, el Centro Cultural Manuel Gómez Morin, nuevamente presenta un documento del archivo relacionado con la Universidad¹. La razón es sencilla, en medio del mundo de documentos que se conservan en las diferentes secciones y series del archivo, la referente a la Universidad, es de gran riqueza, ya que la importancia de la información que proporciona, además de referirse a la vida de la institución, da también una visión clara del dilema que Gómez Morin vivió siempre, como alumno, profesor o profesionalista, su moral, el hilo conductor de su vida.²

* Pellicer, Carlos. *Hora de Junio. Grupos de Nubes*. Dedicado a MGM. México. Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica. 1979. pp27

¹ Carta de Manuel Gómez Morin a Ricardo Manuell. 5 de diciembre 1933. AMGM. Instituciones Educativas. Universidad Nacional. Correspondencia de la Rectoría. En *Un Recorrido por archivos y bibliotecas privados*. AMABPAC-Fondo de Cultura Económica. México. 1996

² Ver AMGM. Instituciones Educativas. Universidad Nacional. Series: Alumno; Profesor; Director de la ENJ; Rector; Correspondencia; Conferencias y Discursos; Consejo Universitario; Junta de Ex Rectores; Junta de Gobierno.

La conferencia³ fue dictada en el Anfiteatro Bolívar el 30 de abril de 1931. Los conceptos que aquí se vierten, ya habían sido expuestos con anterioridad en su ensayo *1915*⁴, publicado en 1927, sin embargo en ella se encuentran claros y precisos; expresados justamente después de un conflicto estudiantil y a petición de la Federación de Estudiantes.

Pasada la huelga de 1929, los estudiantes tuvieron la inquietud de cómo debían actuar ante sus derechos, deberes y responsabilidades. Decían que a raíz de ese movimiento, había dos corrientes de opinión totalmente opuestas. Una se refería al estudiante dedicado exclusivamente a estudiar, sin ocuparse del ambiente que lo rodea y alejado de la acción; y la otra, la situación contraria: el estudiante debe actuar y participar en la vida universitaria y nacional de manera tan

³ Conferencia de MGM ante la Federación de Estudiantes. 30 de abril 1931. AMGM. Instituciones Educativas. Universidad Nacional. Conferencias y Discursos.

⁴ Gómez Morin, Manuel. *1915*. México. Editorial Cultural. 1927.

|| *La acción. Alternativa del hombre*

*Ma. Angélica Oliver Pesqueira
Mauricio Gómez Morin*

En los grupos de nubes,
a inquietudes mi vida toma sola
su afán de cambio y su ojo de ser cumbre.*

En ocasión de este cuarto Recorrido, el Centro Cultural Manuel Gómez Morin, nuevamente presenta un documento del archivo relacionado con la Universidad¹. La razón es sencilla, en medio del mundo de documentos que se conservan en las diferentes secciones y series del archivo, la referente a la Universidad, es de gran riqueza, ya que la importancia de la información que proporciona, además de referirse a la vida de la institución, da también una visión clara del dilema que Gómez Morin vivió siempre, como alumno, profesor o profesionista, su moral, el hilo conductor de su vida.²

La conferencia³ fue dictada en el Anfiteatro Bolívar el 30 de abril de 1931. Los conceptos que aquí se vierten, ya habían sido expuestos con anterioridad en su ensayo 1915⁴, publicado en 1927, sin embargo en ella se encuentran claros y precisos; expresados justamente después de un conflicto estudiantil y a petición de la Federación de Estudiantes.

Pasada la huelga de 1929, los estudiantes tuvieron la inquietud de cómo debían actuar ante sus derechos, deberes y responsabilidades. Decían que a raíz de ese movimiento, había dos corrientes de opinión totalmente opuestas. Una se refería al estudiante dedicado exclusivamente a estudiar, sin ocuparse del ambiente que lo rodea y alejado de la acción; y la otra, la situación contraria: el estudiante debe actuar y participar en la vida universitaria y nacional de manera tan

* Pellicer, Carlos. *Hora de Junio. Grupos de Nubes*. Dedicado a MGM. México. Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica. 1979. pp27

¹ Carta de Manuel Gómez Morin a Ricardo Manuell. 5 de diciembre 1933. AMGM. Instituciones Educativas. Universidad Nacional. Correspondencia de la Rectoría. En *Un Recorrido por archivos y bibliotecas privados*. AMABPAC-Fondo de Cultura Económica. México. 1996

² Ver AMGM. Instituciones Educativas. Universidad Nacional. Series: Alumno; Profesor; Director de la ENJ; Rector; Correspondencia; Conferencias y Discursos; Consejo Universitario; Junta de Ex Rectores; Junta de Gobierno.

³ Conferencia de MGM ante la Federación de Estudiantes. 30 de abril 1931. AMGM. Instituciones Educativas. Universidad Nacional. Conferencias y Discursos.

⁴ Gómez Morin, Manuel. 1915. México. Editorial Cultural. 1927.

acentuada y radical que de hecho lo aleja de su principal ocupación que es el estudio.⁵

Para la Federación de Estudiantes, el movimiento universitario de 1929, si bien no alcanzó por completo sus metas, si realizó conquistas indiscutibles y pensaban, con razón, que las generaciones por venir iban a lograr la independencia económica y espiritual de la institución.

Es por la actualidad de sus conceptos que el archivo escogió esta conferencia en la que Gómez Morin expuso su punto de vista a invitación expresa de los estudiantes y con un tema designado por ellos, *¿Cuál debe ser, en el momento actual, la actitud de la juventud estudiantil?*⁶; en ella don Manuel no es un "adjetivo" por una moral cambiante y despreciable, al contrario, recurre al romanticismo de sus primeros años para descubrir con asombro la posible senda y el camino que deberá ser norma de conducta y estilo de vida. Habla a la juventud como quien habla frente a un espejo, para verse, para oírse, para sentirse. Acción, no quietismo; acción, no movimiento; acción, como principio de todo cambio.

⁵ Carta de invitación de la Federación de Estudiantes Manuel Gómez Morin 4 de marzo 1931. AMGM. Instituciones Educativas Universidad Nacional. Conferencias y Discursos.

⁶ Conferencia. Op. Cit.

Este documento fue pensado y escrito a escasos dos años de la participación de Manuel Gómez Morin en la campaña presidencial y derrota de José Vasconcelos su maestro y mentor. El Archivo guarda un expediente de la correspondencia⁷ entre ellos, donde se puede apreciar la urgencia de don Manuel, para que Vasconcelos se convierta en el líder moral de los jóvenes, en su *apóstol*, y forme un partido perdurable, al que toda la juventud mexicana, siguiendo su ejemplo, se una y luche por el bien común, por una mejor vida.

Por otro lado la conferencia también fue escrita tan sólo dos años antes de la rectoría de Gómez Morin, cargo en el que encabezó, con éxito a los universitarios y demostró que una oposición responsable y organizada, traducida en acción, puede tener logros tan importantes como la autonomía y la libertad de cátedra, que aún disfrutamos.

Finalmente, el escrito vio la luz ante una audiencia de jóvenes, a quienes Manuel Gómez Morin, expuso cómo debía ser una verdadera acción nacional, ocho años y medio antes de la fundación del Partido.

⁷ AMGM. Personal. Correspondencia Particular. Vasconcelos José

Cuando fui invitado por la Federación de Estudiantes a esta conferencia, acepté alegremente, a pesar de ser enemigo de hablar en público y más enemigo aún de predicar —que prédica, sobre todo, en el tradicional sentido de exhortación para obrar, será forzosamente el género de respuesta que el tema propuesto por la Federación exige.—

“¿Cuál debe ser, en el momento actual, la actitud de la juventud estudiantil?”

La Federación de Estudiantes ha vuelto a plantear, así, expresamente, una pregunta que no sólo ha estado siempre en el espíritu de los jóvenes, sino que es y ha sido válida para todo hombre de cualquiera edad, en cualquiera época, como que encierra el más hondo y principal problema humano: el problema de la conducta.

Pero si el problema se plantea universalmente a todos los hombres que merecen el sustantivo, es cierto que se ofrece de un modo peculiarmente agudo a los jóvenes y, de los jóvenes, a aquellos que por su situación de estudiantes, por ocupar esa posición que aún es condición social privilegiada, —como guardados, como preservados por un tiempo mayor, de las asperezas de la lucha por la vida—, están en mejor aptitud y tienen más estrecha obligación de saber qué son ellos mismos y qué puede de ellos esperarse. Está bien, pues, que se proponga el viejo tema universal de la conducta como un asunto directo a la juventud estudiantil.

Y antes de pasar adelante, conviene establecer todavía una limitación: se trata de pensar cual debe ser la actitud de los jóvenes, no de los adolescentes, pues aunque por ser edades de frontera resulte difícil y a menudo arbitrario precisar una diferencia, esa diferencia existe y el joven tiene problemas que no atenacean al adolescente y deberes y posibilidades por ende, de que el adolescente carece.

Extremando un poco la tesis, puede decirse que los problemas centrales de la

adolescencia, son problemas pedagógicos y, en cierto modo, de higiene y profilaxia, mientras los problemas de la juventud, son problemas de conocimiento y problemas de decisión. Los primeros, problemas de vivir; los segundos, problemas de cómo vivir. Ontológicos unos, deontológicos los otros. Del ser, los primeros; del deber ser los últimos.

Por supuesto, repito, que no hay entre las edades un límite preciso: que la adolescencia tiene deberes, como la juventud, también, meras exigencias vitales. Pero la distinción es cierta y debe quedar bien establecida para evitar que se continúe insistiendo en el grave error de extender a todos los que estudian, así estén apenas saliendo de la niñez, las tareas y las posibilidades que sólo cumplen a los jóvenes y que, extendidas a los niños, como lo hemos hecho en las cuestiones estudiantiles mexicanas tan a menudo, sólo engendran desconcierto y confusión para considerar las verdaderas cuestiones de la juventud y pérdida lamentable de tiempo y de energías.

* * * * *

Nuestro problema atañe, pues, solamente a la juventud, esa “estación célebre —dijo Gracián— por la dificultad que hay, no tanto de parte del saber cuanto del querer, sobre qué senda y a qué mano se ha de estrechar”.

Tiene aún el tema otra limitación: la de referirse al momento actual. Es decir, que no demanda sólo una determinación de la actitud de la juventud en su aspecto subjetivo, sino que impone una fijación objetiva de posición, el señalamiento o la revisión, al menos, de las posibilidades concretas que ante la juventud de este momento se presentan.

Y ha sido este último aspecto del tema que la Federación de Estudiantes propone, el que mayor perplejidad me ha dado, porque

llevado por él, al preparar estas palabras, mi primer movimiento fué el rehacer dentro de mí el paisaje del momento actual de México, el situarlo luego sobre el fondo histórico próximo de los últimos veinte años, el trazarlo después dentro del cuadro general de nuestra historia.

Fué un momento sombrío para mi espíritu. Sobre la claridad de la altiplanicie —“la región más transparente del aire”, recordó Alfonso Reyes— una negra y roja sucesión de horrores, desde las primeras invasiones asesinas y destructoras, hasta la fundación del imperio exactor y sangriento; desde la contradictoria función de la Colonia, hasta esta pobre etapa de traición y de miseria que ha sido la vida independiente. Miseria y sangre: obscura tragedia pegada a la tierra por la opresión y el hambre; impulsos vitales que no cristalizan jamás; frenesí heroico que por indefinición o por perfidia se agotan luego en desesperanza negra. Pensé sobre todo en la cruel decepción de los años últimos: sangre, otra vez, y fracaso de anhelos; pero algo peor aún, peculado, hipocresía, cinismo.

Pensé en los que conmigo entraron a la vida como puras llamas de entusiasmo y perdieron para siempre la fé, o fueron arrastrados por el apresuramiento. Y pensé en los que murieron injustamente y en los que murieron inútilmente. Y sumé estos años sin apariencia de legado. Y creí que sólo podría ofrecer aquí la solución negativa de este angustioso grito : ¡jóvenes, no os echéis a este pantano!

La violencia misma de la angustia me hizo ver bien el absurdo de semejante incitación.

Un pantano, sí; pero de él han brotado ansias de redención cuyo cumplimiento es gran tarea. Y si no brotaran hoy, gran tarea sería, también, la de hacerlas nacer.

¿Por qué alzar, entonces, como bandera, la desolación que acaso no muestra sino la reacción concreta de mi debilidad frente a tan alto empeño? ¿No es, además, la existencia

del mal, la que funda el anhelo del bien? Y exhortar a la abstención ¿no equivale, justamente, a encenegarse en el conformismo reaccionario con el presente o a repetir el gesto inútil de una rebeldía incapaz de fructificar en acción y de crear nuevos valores?

Es preciso indicar, pues, a la juventud estudiantil, en este momento de México, una gran tarea. Y de nada sirve alegar en contra, con la más sincera y entrañable emoción, el aspecto desolado de este momento, como de nada sirve, con la voz engolada propia para el mitin, mentir vilmente tratando de ignorar nuestra pobre realidad o clamar estériles maldiciones sobre nuestra tragedia y alejarse de ella con real desdén o con pacata mojigatería.

El mal existe y no es sólo de México, es de todo el mundo. Ha existido antes; pero en el curso irreversible del tiempo, el mal de ahora es el nuestro. Tal vez existirá siempre; pero estamos en el mundo de la conducta, del deber ser, y la realidad —lo que es, lo que puede seguir siendo—, nos importa sólo como hecho, no como norma.

Quede, así, bien planteado el problema en los términos propuestos por la Federación de Estudiantes: ¿cuál debe ser, en el momento actual, la actitud de la juventud estudiantil?

No se me oculta que, al relatar mi primera perplejidad ante este tema, he tomado ya una posición, afirmando que la pregunta sólo es válida si se admite en principio la necesidad de obrar. No concibo, en efecto, que dentro de la lógica vital pueda plantearse como una solución posible, la de recomendar la abstención, la total indiferencia. Está propuesta una interrogación moral y es de antiguo conocida la inadmisibilidad ética del acto indiferente.

Por lo demás, sólo un grosero error —que conviene denunciar luego—, sólo un grosero o interesado error ha supuesto dos

soluciones únicas a la cuestión que examinamos: la acción y la abstención. Y no una acción cualquiera, sino precisamente la acción política, ni una abstención cualquiera, sino la abstención que consiste “en recluírse en la torre de marfil” como dicen nuestros políticos, para falsear la mentalidad simplista de la opinión vulgar, echando a perder de paso el bello símbolo del ensueño fecundo, de la creación superior. El sofisma es de la misma deleznable especie de aquéllos que Sócrates combatió cuando las plazas de Grecia se iluminaban con su palabra.

No existe en el caso, el supuesto dilema, “abstenerse-obrar”. La abstención misma sólo se puede entender humanamente en el sentido del verso de Milton que Unamuno cita: “They also serve who stand and wait”. - “Sirven también los que permanecen y esperan”. Y no debe entenderse la inmóvil permanencia de lo inorgánico, sino la activa virtud humana de la permanencia que es sinónimo de resistencia al mal; ni debe entenderse la pasiva espera de la holganza, sino la esperanza activa de la eficacia de las obras, de la permanencia misma o de la gracia, que mantiene vivas las fuentes del empeño.

“Permanecieron”, en este sentido Miltoniano, los monjes que bajo la ola de la invasión bárbara, salvaron para la humanidad las tradiciones de la cultura antigua, y permanecerá siempre, aunque perezca, el que muere resistiendo o afirmando que tal es la lección fundamental quizá, del sacrificio redentor.

Así fué la espera de Goethe en la inmortalidad: la espera de lo que activamente se trabaja y se merece. Y para volver al viejo maestro Unamuno, el más alto predicador de esta clase de espera fué aquel Don Quijote “que bajó a los infiernos y entró en ellos lanza en ristre, y libertó a los condenados todos, como a los galeotes, y cerró su puertas y quitando de ellas el rótulo que allí viera el Dante, puso uno que decía: ¡viva la esperanza!

* * * * *

No servirá esta digresión solamente para denunciar un perjudicial error, sino para adelantar en el conocimiento de nuestro problema afirmando que, a menos de tratarse de la abstención inerte que no se compadece con la esencia humana, aún la abstención misma implica una solución activa y a menudo se resuelve en la más fecunda forma de obrar que el tiempo permite. Con ello queda reiterada una profesión de fé “activa”.

Los peligros de este credo son patentes y por ello he dudado antes de alzarlo aquí. Peligros inmediatos de la práctica; peligros más arteros y difíciles de esquivar, del concepto.

Es común, en efecto, pensar que el predominio de la acción es aspecto esencial del mundo moderno y así parecen confirmarlo los hechos y las doctrinas. Desde el cuadro de influencias —Lutero-Descartes, Rousseau-Kant—, cuya trama explica, según lo explicaba aquí mismo Miguel Palacios Macedo, los aspectos centrales del mundo contemporáneo, hasta la filosofía bergsoniana de la evolución creadora y el pragmatismo, pasando por Hegel en donde el movimiento dialéctico es esencia de racionalidad y de realidad por ende, y por Comte, cuya ley del tránsito actúa el mismo carácter, la filosofía moderna parece ser esencialmente una filosofía de la acción. Y en el pensamiento y en la política sociales y en la construcción real de la estructura económica, desde la caída del régimen estático más cercano a nosotros que fué el feudalismo, todas las organizaciones políticas y económicas modernas, parlamentarismo y democracia, capitalismo y sindicalismo, régimen funcional y corporativo, que es la bandera negra del fascismo, y régimen de soviets y de dictadura del proletariado, que es el lábaro rojo del comunismo, todas son organizaciones y doctrinas de acción.

Acción, parece ser el lema común; acción, el imperativo categórico de este tiempo.

Después de la inmensa sacudida de la guerra, sobre todo, un soplo místico abrasador pasó sobre la tierra imponiendo agresivamente la acción. “¡Ay de aquel que en la senda” —dijo nuestro poeta en un *Vae Victis* muy de su tiempo y del que dan fé millones de víctimas—; “¡Ay de aquel que en la senda, cierre el oído ante la voz tremenda! ¡Ay del que oiga la voz y no la entienda!

Y parece que todos hemos oído esa tremenda voz. Cuanto implicaba una situación, un establecimiento, una realización estática; tradiciones y dogma, normas y jerarquía, formas y doctrinas, ha estallado, incapaz de contener el impulso vital, el dinamismo arrollador del mundo nuevo.

* * * * *

Mas de qué acción habla la voz que mencionó el poeta? Es de veras acción o mero movimiento al que impone el convulso dinamismo en que vivimos, el que alienta en esta filosofía moderna? Acaso no merece todo el acervo filosófico contemporáneo el nombre de “filosofía de la movilidad” que quizá con peculiar injusticia se ha aplicado ya particularmente a la doctrina bergsoniana? Y en la vida ¿no vemos esta acción que se agota en sí misma, perdida en su oscura esencia de movimiento, dispersa, contradictoria, capaz de destrucción, pero inepta para integrarse? Ella ha roto las antiguas diferencias sinergizadoras entre hombre y mujer, entre padres e hijos, entre viejos y jóvenes, entre amor y matrimonio y también, entre saber y cultura, entre cantidad y calidad, entre economía y heroísmo, entre Estado y Nación. Y en este derrumbamiento de diferenciaciones -vínculos, de oposiciones- unidades, no se ha salvado enteramente ni la verdad, ni el bien, ni la belleza.

Desconocidos o vacíos los valores antiguos ¿qué se nos ofrece ahora? Quizá nada todavía sino un cambio, un tránsito, un movimiento.

Acción, movimiento. Entre estos términos,

va una diferencia paralela a la que corre entre convulsión y danza, entre sismo y génesis.

Movimiento y Acción.- El primero es nomás cambio; puede ser externo puramente en sus causas y en su expresión. La acción brota del ser y se aplica al mundo para re-crearlos con nuevas normas, o se concentra en sí misma en el conocimiento o en la contemplación o en la oración, también para re-crear el mundo con la comprensión, o con el ensueño o con la integración en el Todo, en el Uno, en Dios.

La confusión de estos dos términos, es quizá la clave del error moderno. Movimiento y no acción hay en la democracia atómica del número y del contrato, y movimiento, en el protestantismo de rebeldías dispersas y en capitalismo de la concurrencia libre y en el maquinismo ciego cuya sólo norma es producir y producir para que la vida del hombre se ajuste a la vida de la máquina y se esclavice a lo que es concreta realización de mero movimiento. Y movimiento es el estatismo, la divinización hegeliana y el culto del Estado que, como agente o medio externo, a diferencia de la Nación que es integración de puros valores íntimos, humanos, suma a los hombres y los mueve y los mata con un automatismo externo paralelo al de la máquina. Y sólo movimiento el comunismo, si ha de quedarse en el proceso, en los medios, en el camino, en la lucha de clases, reiterando la confusión de Marx, redimido por el célebre grito: “¡Proletarios del mundo, uníos!”, que es los más antimaterialista y antimarxista que pueda oírse. Y mero movimiento, en fin la revolución mexicana, si sigue siendo violencia inútil y palabrería vana, ineptitud de realización y régimen cerrado a toda crítica, en vez de cuajar en el nacimiento de una Nación, como fué su destino, como fué su misión que las pobres fórmulas externas, políticas o económicas, no pueden ocultar a quien quiere ver claro en el agrarismo y en el obrerismo, en el “sufragio efectivo” y en la “libertad y tierras”, en todos los programas centrales

revolucionarios, anhelos concretos que se funden en un sólo y superior propósito humano: el de volver unidad armoniosa y orgánica esta acumulación de razas y de castas y de condiciones y de jerarquías, el de dar alma a este caos que ha sido nuestro México desde las primeras invasiones hasta el momento.

Contra este error hay que ponerse en guardia. Es el mayor peligro que a la acción se ofrece. En consideración a él, se teme a la acción, se recomienda el quietismo. Por ignorarlo, los hombres se vinculan a causas sin sentido, pasajeras y endebles, y, perdiendo o ganando, se creen luego llegados a un término, y se conforman, y pasan así del movimiento extremo a la extrema reacción. Porque el movimiento deriva de causas y padece término, mientras que la acción tiende a un fin, no sufre término, y aspira a la continuación ulterior, aún más allá de la muerte.

De este error central de concepto, vienen después los peligros concretos de la práctica. Si la Revolución ha venido consumiendo a sus propios hijos, es porque se ha quedado en mero cambio, en el camino, en el medio, que es la posesión del Poder. Nos lo muestran claro estos últimos años, llenos de sangrientas sacudidas que el pueblo, con peculiar acierto no llama revolución, sino "movimientos".

La lucha por el poder, la conquista del medio, la posesión del útil. En eso se ha agotado la Revolución; en eso ha amenazado agotarse la revolución mundial. En eso han perecido moralmente muchos jóvenes. Y es contra eso, contra lo que es preciso estar alerta.

La precipitación, el ansia de llegar, que de tantas esperanzas jóvenes han privado a México, son males que vienen de la misma fuente. La superficialidad, también, que cuando es obra individual es deshonestidad grave, pecado contra el espíritu, y cuando se aplica

a obra pública es corrupción que envilece las instituciones y defrauda a la Nación, procede del mismo origen. Y en derivaciones sucesivas, hallaríamos la crueldad homicida y la traición, y la hipocresía de las grandes palabras acuñadas y la superchería del ideal y de la cultura, y el uso del hombre como rebaño, y en los peldaños últimos de la vulgaridad, la venalidad administrativa y el peculado.

Si estos males existen, no se debe a la acción. Le son contrarios. Luchar contra ellos es una tarea para el momento actual. Luchar contra el origen de estos males, es la actitud permanente que conviene a todo momento y a todo hombre que quiera serlo de verdad.

Dónde y cómo luchar? Cada uno donde está, cada uno donde vaya. Como Unamuno recuerda, Cristo no dijo: "toma mi cruz y sígueme", sino "toma tu cruz", realizando así la nobleza de cada destino, de cada momento de cada oficio. Cómo luchar? Actuando, externamente si el momento lo exige, si la tensión interior lo permite; pero sin olvidar que "sirve también el que permanece y aguarda", que para ser acción, el movimiento, el impulso, aún el pensamiento, deben ser conscientes de sí mismos, de sus propósitos, de sus medios, y que el oficio principal de la juventud estudiantil, es por definición ese: permanecer y esperar, en el activo sentido del poeta.

Con frecuencia, la acción equivocará el camino; no importa, habrá que empezar otra vez.

Cuando aparezca alcanzando un propósito definitivo, se advertirá pronto que no era el último, que no satisfará el anhelo. Tampoco importa. Es la antigua lección de las cumbres: en la cima de cada una, el mejor paisaje es otra cumbre todavía más alta que incita el empeño.

Con más frecuencia aún, frente a la acción se alzarla la duda: la pequeña duda

inmediata en la elección de un propósito o de un método o la duda trascendental en la eficacia misma de la acción, el "paraqueísmo". ¿Hacia qué blanco hemos de disparar, con el arco de nuestra voluntad, la flecha que somos nosotros mismos? ¿Y para qué el esfuerzo de la preparación y del acto, si el conocimiento pleno es imposible y las formas del mal inagotables?

Pero ni el error de ruta, ni el fracaso, ni la más amarga duda, son peligros de la acción. Al contrario, sin ellos triunfaría el simple mover mecánico que conoce el cansancio, el desgaste del uso o del abuso; pero ignora la vacilación y el desaliento y la duda. Lo esencial de la acción, tal vez su más puro núcleo, esa aptitud de titubeo que obliga a la preparación; esa necesidad de elección que mantiene alerta; ese constante tránsito de la duda a la certidumbre, que mantiene el alma en la dura gimnasia del salto mortal de la razón a la práctica.

Como en el símbolo que es sangre de nuestra sangre. Don Quijote y Sancho ¿son acaso dos imágenes contradictorias, o son la representación compleja de una esencia única: la contradicción, el conflicto, la apasionada incertidumbre que son la vida misma, la verdadera acción?

* * * * *

He aquí, pues, mi respuesta: la juventud estudiantil sólo puede tener una actitud: la acción.

¿Con qué objetivo próximo? La lucha contra la voluntad del poderío, contra el desatentado afán de posesión del útil, contra la precipitación, contra la superficialidad, contra el uso del hombre como máquina o como rebaño.

(Y no bajo a mencionar los males vulgares de nuestro México: la traición, la venalidad, el homicidio, porque ellos serán simplemente asuntos de la competencia de los jueces..... cuando tengamos jueces).

¿El campo de esta actividad? El que en cada caso sea el propio y, desde luego, el de su oficio actual: estudiar, dominar bien su oficio, con entereza, con amor, con un trascendental sentido de perfección y de servicio; comprender primero e investigar, después, para enanchar o para rehacer el mundo si la vocación y la aptitud lo consienten. Adiestrarse en realizar esa milagrosa e indispensable fusión entre la claridad del fin perseguido, el exacto conocimiento de la realidad y la justa adecuación de los medios, del procedimiento, que es la técnica.

Y más acá y más allá del pronóstico inmediato y en ese mismo propósito, la ardiente esperanza que espolea el impulso, y la libre contradicción que obliga al pensamiento, y antes que todo y sobre todo, la limpieza de vida que redime del error y del fracaso.

* * * * *

Este es el término de mi plática. No he olvidado que el problema de la actitud, de la conducta, se plantea a todo el ser y es resuelto vitalmente, no intelectualmente; por cada hombre y por cada generación.

Recuerdo bien, además, las palabras de Sócrates cuando con dura ironía decía a Eutidemo y a su amigo: "si poseis el arte de enseñar la virtud a los hombres, sedme propicios; os saludo como a Dioses".

Conozco, pues, los estrechos límites de mi respuesta: ella es sólo relato de lo que puede contarse de la propia experiencia interior, de la contradicción, de la afirmación, del empeño, del fracaso, del que relata.

Confieso, finalmente, que va impregnada del mismo sentimiento -entre melancolía y envidia- que embargó al poeta cuando dijo: "¡Juventud divino tesoro!"

Anfiteatro Bolívar, abril 30 de 1931



Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria. 1914. Manuel Gómez Morin, primera fila, tercero de derecha a izquierda.



Manuel Gómez Morín en su oficina.